EL MEDICO.

¡Oh noble, desinteresada, benéfica, humanitaria y filantrópica aunque lucrativa profesion del médico!

¡Oh felices sucesores de Esculapio é Hipócrates, que dais la vida, aunque adoleceis del defectillo de ser *mortales* como todo hijo de vecino!

Perdonad si mi mal cortada péñola se atreve á tomaros por objeto del presente artículo, y concededme la razon en cuanto de vosotros diga—que no será mas que la verdad des-

nuda,—so pena de aparecer ante el respetable público, como parciales é indignos de su confianza; y quiera el cielo librarme de vuestras manos, mandándome tocar retirada de este planeta sub-lunar, con alguna enfermedad incurable (la vejez, *verbi-gracia*) para que no perdais todo el atractivo y la simpatía que para mí teneis como salvadores de la humanidad doliente, á la que no quisiera pertenecer ni por mal pensamiento.

¡Salud y pesetas, prestidigitadores de la vida, y procurad que el mundo se componga de gente sana y robusta merced á vuestra ciencia!

Pero sirva lo anterior como invocacion, y vamos al grano.

Yo amo á los médicos, y en prueba de ello, diré que pensé convertirme en idem, y comencé á estudiar la oscura ciencia; pero *destripé*, en abstracto, por temor de *destripar* en concreto, cuando tuviera el título de cirujano.

Amo á los médicos, y este amor es la causa de que me haya puesto á observarlos para hacer su panegírico, como se verá mas adelante.

Cuando el padre Adan nos hizo el flaco servicio de perder la gracia, merced á los buenos oficios de nuestra muy amorosa madre Eva, recibió, entre otros muchos accesorios, el regalillo de las enfermedades, y lo que es peor, la facultad de morirse cuando menos lo quisiera.

En aquel mismo instante debieron nacer el primer médico y el primer boticario; y segun cuentan malas lenguas, no fué el diablo quien instigó á Eva á comer el fruto vedado, sino el espíritu de un médico en ciernes que se introdujo en la serpiente, con el fin de hacer necesarios sus servicios á la futura humanidad.

De entonces data la necesidad de curarse, y quizá por eso el signo simbólico de la medicina es una serpiente enroscada en el mango de un espejo.

Sea de esto lo que fuere, el hecho es que los médicos existen, y que cual mas, cual menos, todos tenemos que habérnoslas con ellos mas de una vez durante nuestra vida.

Entre ellos los hay buenos y los hay malos; y en el presente artículo procuraré hablar

de unos y otros, para que se vea que no tomo la cosa por donde quema, poniendo en ridículo á una clase que merece el respeto de la sociedad por mas de un título.

Los médicos han sido siempre objeto de críticas y sátiras desapiadadas, viéndose mas de una vez calificados con epítetos mas ó menos denigrantes y ofensivos.

Escritores ha habido—y no vulgares por cierto—que les han hecho una guerra cruelísima, como Moliere en "El enfermo imaginario," "El amor médico," y "El médico á palos" en que los pone como ropa de pascua; Quevedo, que en casi todas sus obras les pone como chupa de dómine, y Boileau que dice hablando de uno de ellos:

"Fu le premier démon qui m'inspira de vers,"

ó en castellano:

El fué el primer demonio que versos me inspiró.

Tienen vdes. que los desdichados médicos deben ser los esclavos humildes y sumisos de

la señora sociedad, desde que la facultad médica del país ó ciudad en que hacen sus estudios les concede el *título*, y echándoles la bendicion, los pone en libertad de correr el mundo en pos de epidemias y malos climas.

La señora sociedad se perece por ellos, y sin embargo los trata con mas desprecio que al casero.

Desgraciado de aquel que recibido de médico, no monta su casa con todo el lujo y toda la elegancia posibles, aunque esto sea solamente en la fachada, y no tiene un carruajillo en que ir á la casa de los clientes; porque entonces no habrá un solo enfermo de cierta categoría que quiera ponerse en sus manos, por mas que sea mas hábil que el *sánalo-todo*.

¡Como si la ciencia se estudiara con el cochero y las mulas, y no en los libros que de tan difícil materia tratan!

Si el médico hace un sacrificio, y tiene coche, ya puede estar seguro de que todo el dia le buscarán los enfermos *acomodados* y de que en muy poco tiempo reunirá un capitalillo que asegure el porvenir de su familia. Si no tie-

ne coche, ni un amigo que se lo preste, que pierda la esperanza de salir de pobre y se resigne á curar á dos ó cuatro reales la visita y quizá las mas veces á hacerlo de balde.

No hay gasto que se haga con mas repugnancia que el del médico; y no parece sino que se roba el dinero que le dan en remuneracion, muy mezquina por cierto, de los grandes afanes y largos años de estudio que empleó para para ponerse en estado de ser útil á sus semejantes.

Si hay una horrorosa epidemia y todo el mundo se cuida del aire, del sol, y de visitar á los que están atacados de ella por miedo de contagiarse, el médico tiene que arrostrar con todos estos peligros, como si tuviera cédula de vida, y no descansar un solo instante en el servicio de sus desagradecidos prójimos.

Se levanta tempranito, y ya le esperan cuatro, seis ó mas criados, que le llevan recado de que la señorita no pudo dormir en toda la noche, de que el niño sigue estreñido, de que el señor tuvo una tos que no lo dejó *pegar los ojos*, ó de que la esposa del caballero continúa

con la basca, y no puede conseguir que se le quede *nada* en el estómago; y es que la señorita está enamorada, el niño se dió un atracon de queso, el señor está en el último periodo de la tísis, y la esposa del caballero lleva ya tres meses de *novedades* inevitables.

Todos los criados dicen que en casa de sus amos esperan que la suya sea la primera visita que haga, por lo que el médico se vé en la imposibilidad de darles gusto, y dice que *sí* á todos, se desayuna muy de prisa y sale á la calle acabando de anudarse la corbata y limpiándose los dientes con una pluma.

Y esto es correr y esto es sudar la gota gorda, andando de ceca en meca y de soca en colodra para que le reciban en todas partes, impacientes por su tardanza, diciéndole que la medicina de la víspera no produjo ningun resultado y que piense en otra mejor que aquella.

El médico, desde que entra á la casa en que tiene algun enfermo, se hace cargo de cual es el camino mas corto del zaguan á la recámara y todos los dias entra derechito á la cama de su cliente sin hablar con nadie de la fa-

milia, pues conoce muy bien que *le mascan* y *no le tragan*, como dice el refran; y que si no fuera por la necesidad imprescindible que de sus servicios tienen, no le saludarian siquiera.

Llega, deja el sombrero y el baston en cualquiera parte, y se sienta á la cabecera del enfermo, quien vuelve á él sus ojos lánguidos, mandándole una mirada llena de inquietud, queriendo adivinar en su rostro el estado que guarda la enfermedad y el grado de alivio ó de gravedad en que se encuentra.

El médico saca el reloj y se pone á observarle mientras cuenta las pulsaciones; despues hace que el enfermo saque la lengua cubierta de sarro y seca las mas veces; hace un signo de aprobacion con la cabeza, dando al mismo tiempo un pujidito particular que quiere decir «ya me esperaba esto;» y entabla con el doliente un diálogo, poco mas ó menos, como el que á continuacion se expresa:

—¿Qué tal pasó usted la noche?

—¡Ah, señor! Muy mala: el dolor no me dejó dormir y en ratitos quería conciliar el sueño; pero era muy *vano* y no mes atisfacia

—¿Y el régimen?

—Ni duro ni blando.

—¿Pastoso?

—Sí, señor.

(Aquí el médico hace otra muestra de aprobacion y deja oir de nuevo el pujidito particular; medita un poco con el entrecejo arrugado, y

—¿Hay apetito?—vuelve á preguntar.

—No mucho; lo que tengo es sed, y quisiera *como* agua de limon ó de naranja agria. ¿Podré tomarla?

—¡Oh! no! Por ahora todavía no; pero *tomaremos* una agüita azucarada para quitar la sed que *nos* molesta. Los ácidos *nos* perjudicarian demasiado.

En esto sale la señora de la casa, y sin saludarle le dice:

—¿Cómo le ve usted?

—*Vamos* bien, *vamos* bien: la inflamacion ha cedido y luego que logremos desterrar el esputo sanguinolento entraremos en la convalecencia.—¿Ha tomado las píldoras?

—No, señor; porque mandé preguntar á la

botica si tenian mercurio y me mandaron decir que sí. Le suplico á usted que no recete mercurio, porque creo que no hay necesidad pues la enfermedad no es *lo que usted piensa*.

—Pero, señora, si el mercurio nada tiene de particular, sino antes bien es un agente precioso que obra de una manera *heroica* en la economía, y nunca nos da un mal resultado.

—Será lo que usted quiera; pero yo estoy resuelta á no darlo á ninguno de mi familia, porque tiene muy malas consecuencias, y dan reumas y se aflojan los dientes y se cae el pelo. Si usted tuviera otra cosa que poner en su lugar, se lo habia de agradecer.

—Está bien: puesto que usted no quiere... pero soy de opinion de que se le dé.

—¿Pero qué, no tiene la medicina un equivalente?

—Sí, aunque no de un efecto tan rápido.

El médico pasa á la sala, en donde están el tintero, la pluma y un pedacito de papel para la receta.

Mientras escribe, la señora le está distrayendo con preguntas inconducentes sobre lo que

ha de comer el enfermo, y continúa encargándole que no vaya á recetar mercurio.

Cuando acaba de hacerlo, la señora le pregunta:

—¿Qué mando á la botica?

—Una botella para unas cucharadas. Las píldoras vendrán en una cajita. Le dá usted una cucharada cada hora y una píldora en los intermedios; á las doce en vez de cucharada le da usted su alimento y lo mismo á las ocho de la noche.

—¿Y dígame usted, la bebida no tiene mercurio?

—No, señora, es una cosa muy distinta; no tenga usted cuidado.

—¿Y..... sabrá mal?

—Todo lo contrario, tiene un sabor muy agradable.

—¿Pero no le irá á hacer daño y le descompondrá el estómago?

—Le digo á usted que es una bebida completamente inocente. Deseche usted todo temor. Conque no olvide usted que una cucharada cada hora y la píldora en los intermedios,

El médico se despide fastidiado, y cuando va saliendo á la calle le alcanza el criado y le dá el peso consabido, si es que el señor de la casa no se lo deslizó furtivamente en la mano al despedirse, como si estuvieran jugando *al floron*.

Yo no sé que demonio de cosa tiene el acto de pagar la visita al médico, que causa vergüenza tanto al que da el peso, como al que le recibe. Cualquiera creeria que los dos individuos eran aquellos de que habla Sor Juana Ines de la Cruz cuando dice:

El que peca por la paga
O el que paga por pecar.

Siendo el dinero en cuestion, el ganado mas honradamente por parte del uno y el mejor y mas útilmente gastado por parte del otro.

En otra casa el médico tiene que ver á una señora que empieza por no saber lo que tiene y que le hace rabiar de lo lindo con sus respuestas fuera de propósito.

—¡Ay, doctor! Estoy como ánima, hecha un cuento de dolores.

—¿Pues qué siente usted, señora?

—¡No sé! Tengo la cabeza *como podrida*, segun lo que me duele; el estómago no lo aguanto y siento *como* cólico.

—¿Digiere usted bien? pregunta el médico para ver si puede formar su diagnóstico.

—Las rodillas, contesta la señora saliéndose de la cuestion,—las siento como si no fueran mias.

—Pero digiere usted bien?

—Tengo á ratos unas ansias en las piernas..... que no hallo mi lugar.

—Le pregunto á usted que si digiere bien.

—¡Qué he de dijerir! Por las mañanas, cuando me levanto, siento *como* catarro, y luego ¡ahí están las punzadas de cabeza! Dígame usted ¿qué no tendré solitaria?

—¡No, señora! qué solitaria va usted á tener! Si esa es una enfermedad de jóvenes. Ahora verá usted, voy á recetarle unas medicinas que la pondrán buena en tres dias.

Y el médico, convencido de que la señora

está mas buena que él mismo, y de que su enfermedad es pura aprension, receta agua de azahar con jarabe de cidra y píldoras de miga de pan; saliendo de la casa despues de haber perdido en ella una hora mortal, que pudo emplear en visitar á un enfermo real y efectivo.

De repente, cae en cama un niño con una calentura que vuela, y la mamá empieza á hacerle remedios caseros; pero lejos de eso el niño empeora por momentos, y cuando se han pasado cuatro ó cinco dias en aplicarle *plantillas de cernada*, *bañitos de brazos*, cocimientos de rosa de Castilla para que se purgue, sebo con sal en los piés y otros mil menjurjes por el estilo, mandan por el médico que se encuentra con que la calentura es fiebre escarlatina ó *tifus*, y que por no haberle acudido á tiempo es muy difícil su curacion.

Allí es el suplicarle, y preguntarle los de la familia si el niño se morirá, y el no dejarle ni respirar en cada visita.

Toda la gente de la casa, inclusive los criados, están en la recámara á la hora que va el médico.

La mamá grita por aquí y grita por allá pidiendo una vela para que el doctor pueda ver la lengua del niño; los hermanitos del enfermo corren y hablan dizque en secreto, produciendo todos un murmullo y un viento, dentro de la recámara, con sus entradas y salidas, capaces de ocasionar la fiebre al que no la tenga.

El médico tiene que sufrir toda esta barahunda sin chistar, y pone toda su atencion en la curacion del niño.

¡Ah! Se me olvidaba decir que la cama del enfermito está rodeada de estampas de santos bajo cuya proteccion le ha colocado la madre y de quienes espera su salvacion.

Si el niño se muere por que la enfermedad era grave, la culpa es del médico ignorante que no sabe ni donde tiene la cara, y empezarán á desconceptuarle con todas sus relaciones para que no le ocupen, diciendo que el niño tuvo catarro, pero que el médico *no le conoció la enfermedad* y le dejó morir como á un perro; y si sana merced á la eficaz asistencia del médico, la familia dirá á voz en cuello, que ha sido un milagro patente de señor san Antonio,

del Señor de Esquipulas ó de otro *específico* de esta *especie*.

Se ve, pues, que la suerte del médico es la peor de todas las suertes conocidas, y que el individuo que tiene que cargar con ella es un ser excepcional en la humana especie.

Ademas, la tal carrera absorbe por completo todos los momentos de la vida del infeliz que la ejerce, pues el médico no puede ir al teatro á desquitarse con un rato de distraccion, de las diurnas fatigas, porque cuando esté mas enternecido viendo representar el pasaje mas patético de un drama, sentirá que le tocan en el hombro, porque le manda llamar don Perico el de los Palotes, que está á las puertas del sepulcro de una indigestion; y tiene que dejar la inocente diversion de que gozaba.

Cuando está durmiendo tranquilo en su blando lecho, debe temer que le vayan á levantar, aunque sean las dos de la mañana y esté enfermo, y llueva á cántaros y no le lleven ni paraguas.

Todos los demas profesores, seanlo de lo que

lo fueren, tienen sus horas fijas de trabajo, y á nadie le ocurre ir á molestarlos fuera de ellas; pero el desventurado médico tiene que estar á disposicion del público dia por dia, hora por hora y minuto por minuto.

Agréguese á todo esto que muchas veces las visitas no le son pagadas á proporcion que las va haciendo, sino que se le dice que se le darán por junto despues de la curacion; y entonces si el enfermo se muere, la familia ofendida con el médico porque no tiene la ciencia de resucitar *lázaros* como Cristo, no solamente no le paga, sino que ni siquiera le saluda cuando le encuentra en la calle.

Si el enfermo sanó y la familia es acomodada, se le pone una cartita muy seca y muy lacónica, diciéndole que pase la cuenta: si la pasa, le piden que haga una rebaja porque les parece excesivo lo que cobra; y si no la pasa, tendrá que conformarse con un regalito, que consiste en un corte de chaleco, un platon de leche de almendra adornado con un ramo de flores de lienzo, ó un libro cualquiera para no

ofender su susceptibilidad mandándole dinero *en pasta*.

Si el cliente es pobre ó amigo de la infancia ó condiscípulo de colegio, ó por lo menos paisano suyo por haber nacido en el Estado en que el médico vió la primera luz, no debe esperar ninguna retribucion en metálico ó cosa que lo valga, pues eso se queda para otra clase de personas mas apegadas al *vil oro;* sin tener en cuenta que precisamente por conseguir ese decantado *vil oro* sufrimos todos los trabajos y penalidades de la vida, y que no con otro objeto los médicos arrostran una profesion tan sucia cuanto peligrosa.

El agradecido cliente pobre, pagará la dedicacion y los buenos oficios de su salvador, yendo á verle luego que pueda salir á la calle; pues *sus primeros pasos* fueron dedicados desde antes de sanar á cumplir con esa obligacion sagrada.

Otras veces toda la recompensa que el médico recibe, son unas cuantas líneas publicadas en un periódico, en la seccion de remitidos, dirijidas á poner por las nubes la ciencia del

señor doctor D. Fulano de Tal, y á hacer pública la gratitud del favorecido con ella; cosas que maldito lo que le sirven, pues no le han de dar ni pan, ni ropa, ni calzado, en cambio de aquellos elogios.

El médico, á pesar de todo esto, sigue estudiando con empeño para cumplir debidamente la mision que se ha impuesto; contento con vivir de una manera mediocre, subviniendo á sus necesidades honradamente.

Hay otros que no sufren todos los disgustos y molestias que dejo apuntados; quizá porque ellos son los que los hacen sufrir á los que tienen la desgracia de ocuparles.

Estos médicos son los ignorantes; los que no comprenden la elevada mision que tienen que llenar, y que se valen de ella únicamente como de un medio de hacer fortuna, sin cuidarse de la pobre humanidad, que con una fé ciega entrega en sus manos infames el mas caro de los bienes: la vida.

Hay muchos de estos que obtuvieron el título por lástima, en circunstancias excepcionales para el país ó en tiempo de revolucion, cuan-